

Teresa Concha López
Universidad de Buenos Aires
teconcha@gmail.com

La “excritura” con el cuerpo: el erotismo como transgresión

The “excritura” with the body: eroticism as transgression

Resumen

La tradición metafísica se caracteriza por otorgarle una primacía a “lo racional” por sobre “lo sensible”. El primer elemento es universal y necesario, mientras que lo sensible es lo contingente y mutable, por tanto perecedero. En este pensamiento erigido a partir de binomios conceptuales tales como naturaleza-cultura, pathos y logos, sensibilidad-entendimiento, cuerpo-alma, mujer-hombre, reina la actividad por sobre la pasividad. A partir de tales escisiones proponemos relacionar dos de esas oposiciones: 1.cuerpo- alma y 2.mujer –hombre con la acción de escribir ¿Está la escritura determinada por el sexo? Si se escribe “con el cuerpo”, ¿es siempre desde un cuerpo sexuado? Por otra parte, nos interesa rescatar algunas ideas del pensamiento de Bataille y de Jean-Luc Nancy a fin de preguntar acerca de lo que Nelly Richard llama la “feminización de la escritura” que estaría dada por cierta fuerza de subjetivación que va más allá de la diferencia sexual. Por último, proponemos que el cuerpo y la escritura formarían una unidad inescindible, si se piensan en los términos de Bataille (Erotismo) o Jean-Luc Nancy (“excritura”).

Palabras clave: escritura, body, erotismo, alma-cuerpo, cuerpo sexuado

Abstract

The metaphysical tradition is characterize by giving primacy to "the rational" over “the sensible”. The first element is universal and necessary, while the sensible is the contingent and mutable, therefore perishable. In this thought erected from conceptual binomials such as nature-culture, pathos and logos, sensitivity-understanding, body-soul, woman-man, activity reigns over passivity. From these divisions, we intend to relate two of these oppositions: 1. body-soul and 2. woman-man with the act of writing. Is the writing determined by sex? If you write "with the body", is it always from a sexed body? On the other hand, we are interested in rescuing some ideas from Bataille and Jean-Luc Nancy's thought in order to ask about what Richard calls the “feminization of writing” that would be given by a certain force of subjectivation that goes beyond sexual difference. Finally, we propose that the body and the writing would form an inseparable unit, if they are thought in the terms of Bataille (Eroticism) or Jean-Luc Nancy ("excritura")

Keywords: writing, body, eroticism, soul/body, body sexed

I.

Naturaleza y Cultura. Naturaleza e Historia. Naturaleza y Espíritu. Naturaleza y Arte.

Naturaleza, sobre todo, Naturaleza. Naturaleza y escritura.

Escritura y Naturaleza. Pathos y Logos. Escritura y Pathos. Escritura y Logos.

Logos y entendimiento. Logos y sensibilidad. Entendimiento y sensibilidad.

Sensibilidad y mujer. Sensibilidad y hombre. Sensibilidad y contenido.

Contenido y cuerpo. Forma y alma. Contenido y forma.

Cuerpo y Naturaleza. Cuerpo y Pathos. Cuerpo y Logos. Cuerpo y escritura.

Escritura y cuerpo. Escritura y sexo. Escritura y cuerpo sexuado.

Transgresión y escritura. Violencia y escritura.

Pasividad y Actividad. Pathos y Logos. Mujer y Hombre.

En este listado de oposiciones reina una jerarquía donde la actividad destaca por sobre la pasividad. Donde el Logos es el rayo que domina todo lo decible. Son oposiciones enumeradas en parte por Hélène Cixous, en parte por nosotras. La autora señala que “todo se elabora recurriendo a los mismos esquemas” (Cixous, 1995; 14), explicando que todo el sistema simbólico occidental, los grandes sistemas filosóficos, la mitología y la cultura en general mediante el lenguaje y sus expresiones en el arte, la religión y la filosofía, jerarquizan y ordenan a partir de las oposiciones señaladas, que como decíamos, prevalece siempre uno de los polos donde, o la escisión permanece sin resolución o mediante una maniobra dialéctica, el “universal” subsume a lo particular: es un asunto de lógica, básicamente. Ese “Universal”, sí, con mayúscula, es actividad, lo decíamos, siempre ha vencido. Es que esto se trata de una *lucha a muerte*, en la que también la diferencia sexual se ha visto comprometida. La mujer “envidiosa” del falo, es símbolo de la carencia. Es tal su pasividad, que como mujeres somos obedientes al dictamen del Padre, sea este nuestro padre biológico, la religión, el Estado; en una sociedad que sigue siendo cómplice o culpable de crímenes en contra nosotras. Esto es una *lucha a muerte*, el Estado nos extermina porque nosotras somos pasivas, porque no denunciarnos a tiempo, nos dicen. Culpabilización o como quiera llamarse a este hecho, lo que ocurre es que el Padre se erige como

la Ley que nos gobierna. El sistema normativo obedece al mismo símbolo. Además, existe “un vínculo intrínseco entre lo filosófico – y lo literario (en la medida en que significa, la literatura está regida por lo filosófico) y el falocentrismo. Lo filosófico se construye a partir del sometimiento de la mujer” (Cixous, 1995; 16). Hasta aquí, *nada nuevo bajo el sol*. Es lo que “se dice”, lo que “uno” escucha y siente como mujer.

¿Qué ocurre cuando pensamos en la relación entre mujer y escritura? En 1987 se realizó un evento autogestionado por mujeres chilenas y escritoras, titulado “Congreso Internacional de literatura femenina latinoamericano”. A propósito de esta experiencia Nelly Richard escribió un breve pero iluminador ensayo: “¿Tiene sexo la escritura?”. Al leer sus páginas podemos llegar a concluir que aún en la actualidad hay mujeres escritoras que ven cierta neutralidad en su escritura, ya sea por esa aspiración universal de la literatura o por no querer abanderizarse ni tomar partido como “feministas”. El decirse feminista hoy, es fácil, pero en aquella época, figuras como Kemy Oyarzún, Adriana Valdés, Diamela Eltit, Sonia Montecinos, Cecilia Sánchez, por solo dar algunos nombres, hacían escuela (literalmente) y más aún, en un contexto de dictadura: la violencia y la censura eran habituales. Aunque, pensándolo más pausadamente, decirse feminista hoy, a pesar de los 33 años que han transcurrido desde aquel célebre congreso, también es difícil. El contexto que vivimos no deja de ser violento y antidemocrático.

Una de las ideas que quedan formuladas en el texto es que si acaso existe validez en la distinción entre textualidad femenina o masculina. A lo que podríamos agregar, tal textualidad ¿debería siempre “calzar” con el sexo de quien escribe? ¿Qué diferencia un texto escrito por una mujer o por un hombre? La caricatura que se tiene de la textualidad femenina está dada por lo “intimista”, “sensiblero”, “romántico”, “enfermo” y aún se nos llama “poetisas” y no poetas. Pero, fuera de esta caricatura, las mujeres han escrito con o sin “habitación propia”, con o sin hambre, con o sin reconocimiento, con o sin voz pública y Nelly Richard viene a tensionar y nos interroga todavía hoy. La autora señala que muchas, “al presentir la amenaza de verse rebajadas al rango de lo general (lo universal/ masculino) o de lo particular (lo femenino), prefieren contestar que solo hay buena o mala literatura o que el lenguaje no tiene sexo” (Richard, 1993; 131). Al decir de estas escritoras, la diferencia sexual sería un “accidente”. Podemos pensar neutramente, podemos escribir neutramente, también. Y si queremos “tener voz” debemos, entonces, hablar según el lenguaje del Logos falocentrista. Solo de esta forma nuestra escritura

sería universal. Para Richard, en la escritura existe un “cruce interdialéctico de varias fuerzas de subjetivación”: el semiótico pulsional que desborda la finitud de la palabra (lo femenino) y lo racionalizante/conceptualizante que representa la institución del signo (lo masculino) señalando que “ambas fuerzas coactúan en cada proceso de subjetivación creativa” y que lo que hace que la textualidad sea femenina o masculina es el predominio que una fuerza tenga sobre la otra. En efecto, tendría que hablarse más bien de una “feminización de la escritura” más que de una escritura femenina. De lo que se puede concluir que el género del sujeto que escribe no es condición suficiente para hablar de una literatura femenina o masculina porque, a la vez, el sexo de quien escribe no garantiza que tal su escritura rompa con “la tesis del discurso mayoritario”, es decir, con el discurso universalizante de la cultura patriarcal. En otras palabras, no por el hecho de “nacer mujer” tal escritura irá en contra del canon establecido y será de suyo crítica o cuestionadora de la hegemonía masculina. Tampoco, el hecho de “ser hombre” es condición suficiente de que la escritura de ese sujeto será reproductora de los parámetros normativos de la cultura falocéntrica.

II.

Partimos este trabajo enumerando algunas oposiciones propias de la tradición filosófica metafísica. Además de la dupla mujer- hombre, existe la dicotomía cuerpo-alma. Tanto la filosofía de Georges Bataille como la de Jean-Luc Nancy ponen al centro de su pensamiento el concepto de cuerpo. En un mundo donde “Dios es ausencia” (Bataille) y donde, por tanto, no existe la trascendencia, el ser humano queda desterrado a la finitud de su corporalidad no como una “cárcel del alma” sino que para mirarse interiormente y sentir su desgarramiento como imposibilidad de ser, como experiencia de la nada. La experiencia interior “afirma” el cuerpo y de esta forma conecta con la animalidad y la transgresión del deseo. “La ontología de Bataille, fundada en el deseo, se convierte en una ontología de la ausencia, en donde el sujeto es, paradójicamente, en tanto que no es” (Tornos, 2010; 202).

Por su parte, Jean Luc-Nancy propone una ontología del cuerpo. Acudiendo a la frase de la eucaristía *Hoc est enim corpus meum*: “Este es mi cuerpo”, reflexiona en torno a la figura del “Cuerpo” ausente de Dios, “El éste hecho presente de lo ausente por antonomasia” (Nancy, 2003; 9), formulando una nueva relación entre esencia y existencia (otra “antigua” oposición). El ser

queda homologado a la existencia, somos cuerpo, el cuerpo es la existencia. “El cuerpo es el ser de la existencia” (Nancy, 2003; 16). Dicho de otro modo, si la existencia tiene por esencia no tener esencia, la ontología del cuerpo es “la ontología misma”.

De esta forma, si tanto el pensamiento de Bataille como el de Jean-Luc Nancy tienen a la base el cuerpo y no se ciñen al canon metafísico de la filosofía tradicional. ¿Cuál es, entonces, la relación que guarda la escritura con “el cuerpo” en ambos autores? Si sus pensamientos emergen a partir de la ausencia de Dios como régimen ordenador de sentido trascendente, o en el caso de Nancy, si la esencia de la existencia es justamente el que no haya esencia ¿Cómo relacionar ese Cuerpo que desea, que ha estado definido por oposición a una Razón que ordena y dictamina, que rige y opera como Ley?

El caso de cada autor es distinto pero lo que liga uno a otro está dado por la corporalidad y su primacía como contenido y forma de sus escrituras. En tal sentido, ambas escrituras son escrituras a “contrapelo”. Y no solo porque sus escrituras relevan al cuerpo sino que porque la propia forma de sus escrituras se concibe como contra-hegemónica. Como Richard plantea:

“Cualquier escritura en posición de descontrolar la pauta de la discursividad masculina/hegemónica compartiría el devenir ‘minoritario’ (Deleuze-Guattari) de un femenino que opera como paradigma de desterritorialización de los regímenes de poder y captura de la identidad normada y centrada de la cultura oficial” (Richard, 1993; 133).

Es así que la escritura de Bataille, que también parte de oposiciones no quiere resolverlas sino que más bien busca llevarlas al límite de sus posibilidades, hasta lo “imposible”. El concepto de erotismo surge como opuesto al de Ley. Dicha ley es:

“instituida para reprimir la violencia de los impulsos irracionales, que constituye el mundo del trabajo y de la razón. La presencia de la ley, en el corazón del erotismo, abre una cadena de contradicciones, que crean una tensión entre contrarios (prohibición/transgresión, trabajo/deseo, razón/exceso, hombre/animal)” (Tornos, 2010; 197).

El erotismo es la forma en que Bataille puede pensar el ser humano que por obediencia a la ley ha quedado reprimido en tanto deseo (i)rracional, en tanto violencia desmedida, en tanto “lugar de resistencia desde el cual volver a pensar” (Tornos, 2010; 196) y a escribir. Según esto, la escritura al estar puesta al límite de las posibilidades situando el cuerpo erótico como discurso desborda el plano canónico oposicional conduciendo “a un pensamiento del exceso”. Porque, como señala Henry Ronsse, en la literatura de Bataille existe un “triple gesto de transgresión” y se efectúa mediante un encadenamiento de excesos: “La vida es traspasada por el pensamiento, el pensamiento por la escritura, la escritura por el texto” (Conte, 2000; 13).

Tal desborde implica una persistencia en el límite más que buscar la unidad de los opuestos, se trata de un planteamiento donde el entendimiento ya no es el ordenador que subsume la sensibilidad sino que ésta queda “más acá” de la escisión desplazando y transgrediendo pero afirmando la finitud del ser humano en el sentido de persistir en la experiencia interior que en la desmesura del cuerpo se “escribe e inscribe” a partir de la imposibilidad.

La experiencia escritural al ahondar en el límite de lo imposible e incluir en el discurso filosófico el cuerpo erótico y el deseo, lo prohibido y pulsional, fractura el orden representacional de la filosofía canónica abriendo paso a un nuevo concepto de libertad que si bien nace desde la experiencia interior, se realiza desbordándose en una escritura vertiginosa, encadenada al placer que libera. A propósito Rafael Conte señala en el Prólogo de *La literatura y el mal*, libro de Bataille:

“La obra de Bataille es una meditación sobre lo imposible, que se convierte al mismo tiempo en una meditación imposible. La idea de Dios se convierte en la de su ausencia, el misticismo arraiga en su materia, y el concepto de libertad se identifica con el de transgresión” (Conte, 2000; 8).

Hay que observar que la ausencia de Dios, tanto en Bataille como en Jean-Luc Nancy, sigue operando como dadora de sentido. “Este es mi cuerpo”, frase rescatada por Nancy revela esa “certidumbre confundida”, “la angustia, el deseo de ver, de tocar y de comer el cuerpo de

dios, de ser ese cuerpo y de no ser sino eso constituye el principio de (sin) razón de occidente” (Nancy, 2003; 11). Si “Este es mi cuerpo”, dice algo, comenta Nancy, no es dicho, está afuera, está “excrito”. Así, para este filósofo, la escritura siempre está en el límite, en el extremo, en la punta y por tanto, en palabras de Barrera:

“La frontera es el único lugar desde el cual el lenguaje toca lo indescriptible, y desde el cual el pensamiento puede, efímeramente, tocar el cuerpo, dejándolo en lo que es, dejándolo alteridad, sin obligarlo a un concepto claro y distinto. El límite sucede en el único sentido que puede tener el pensamiento contemporáneo, que se hace portador de un sentido finito” (Barrera, 2009; 158).

La *excritura*, como una escritura desde fuera, desde el límite pero con el cuerpo porque “No tenemos un cuerpo. Somos cuerpo” (Nancy, 2011), y el cuerpo es un lugar de existencia, es el “aquí y el ahora”. Existencia como un “estar fuera”: ex-sistencia y el cuerpo que *excribe*, lo hace desde ese límite que es el “afuera”. El cuerpo para Nancy es un lugar pero no es lo pleno, no tiene partes, ni tampoco es una totalidad, es un cuerpo que rompe con la tradición metafísica. Para esta tradición el cuerpo está cifrado como signo de algo que está “más allá”. Contrario es el caso en la ontología de Nancy. “La escritura es el vehículo del cuerpo, es cada marca que se adquiere o provoca en el cuerpo” (Barrera, 2009; 154) y en ese sentido, la escritura al ser el afuera se *excribe* desde el límite con la interioridad.

III.

Algunas conclusiones que surgen a raíz de lo que esbozamos es afirmar que, en primer lugar, el sexo del sujeto que escribe puede o no puede ser determinante a la luz de presentar una lectura anti-hegemónica del sistema patriarcal. El hecho de ser mujer no implica que necesariamente esa escritura vaya a ir a “contrapelo” de lo declarado como oficial o canónico. Es por esto que el feminismo no es solo “cosa de mujeres”, toda voz disidente que con su escritura haga colapsar de algún modo escribiendo en contra de las escisiones mencionadas más arriba,

donde la dupla mujer-hombre queda explicada según Cixous por la actividad-pasividad propias de la biología constitutiva de un hombre o de una mujer.

Nos parece que somos mucho más que cuerpos biológicos, y por lo tanto, hay una serie de condicionantes que van más allá del sexo que van determinando nuestras escrituras. En segundo lugar, tampoco el género como construcción simbólica para escribir representa una garantía de nada. Disolver tales categorías en un abanico que abarque un amplio espectro que contenga las disidencias está siendo sin lugar a dudas hoy una forma de resistencia. Judith Butler, Paul B. Preciado, Donna Haraway, Angela Davis son referentes que hay que estudiar y tener en la mira. No existe una identidad única supeditada a la diferencia sexual, la identidad de existir no es una y para siempre, hay que abandonar el “mito de la Identidad-Una del cuerpo de origen” (Richard, 1993; 133), la identidad no es una, la del cuerpo de origen. En tercer lugar, la lectura de Bataille o de Nancy, autores que hemos citado en este trabajo, son un llamado para pensar más allá de las dicotomías que aún imperan en este sistema patriarcal.

Somos cuerpos, cuerpos deseantes, cuerpos teóricos y prácticos, cuerpos anclados a una máquina, cuerpos ocultos, cuerpos inocentes, cuerpos callados, cuerpos robotizados, cuerpos cristalizados, cuerpos caídos, cuerpos viejos, cuerpos infantiles, cuerpos dóciles, cuerpos textualizados, cuerpos escritos, cuerpos agotados, cuerpos sexuados, cuerpos caóticos, cuerpos eróticos, cuerpos desarticulados, cuerpos flacos, cuerpos gordos, cuerpos sensitivos, cuerpos padecientes, cuerpos activos, cuerpos desastrosos, cuerpos, somos cuerpo particular pero también somos cuerpos sociales. En la medida en que experimentemos esa *excritura* de la que habla Nancy y podamos como seres humanos conocer nuestro cuerpo, podremos hablar y escribir con el cuerpo. La escritura es inescindible del cuerpo. Nos hemos apartado de éste, nos han apartado desde que entramos a la escuela. Pasamos, al menos, 12 años sentados en una sala de clases, ¿qué experiencia poder vivenciar desde ese lugar corporal? El cuerpo es aún el lugar de una existencia vergonzosa, el cuerpo aterra pues nos acerca a nuestra condición de necesidad. Y eso causa horror. Quebrantar la ley mediante el deseo erótico y no meramente racionalizado puede impactar intersubjetivamente desde lo privado a lo público, desde nuestro metro cuadrado a la plaza pública. Nos acercaría a la Dignidad.

La educación del cuerpo sensible-sexuado-erótico-emocional implicaría una vuelta a nuestra naturaleza. En ese sentido, si las mujeres “somos” la Naturaleza que tan despectivamente

queda relegada como a “lo otro” de la “Cultura”, volvamos a ella y descubramos lo que tenemos que decir, recuperemos nuestro cuerpo y a eso que se nos ha negado. Sin pudores, sin culpas, sin castraciones. Educación sexual integral, pedimos las profesoras feministas. Es necesario que cambiemos nuestra relación con la escritura desde la escuela. La escritura es una forma de habitar, un lugar de existencia, un lugar que se *excribe* desde los márgenes pero cuyas metáforas e imágenes influyen en el mundo, crean y recrean posibilidades distintas de habitar este planeta. Volvamos a la naturaleza desde nuestra singularidad e instauremos una nueva forma de relación con nuestra tierra, con nuestros territorios, con nuestras corporalidades.

Más cuerpo, más escritura, más transgresión.

Bibliografía

Barrera Sánchez, Oscar (2009). “La excritura ontológica-social del cuerpo en la obra de Jean-Luc Nancy”. *Iberofórum. Revista de Ciencias sociales de la Universidad Iberoamericana*. Año IV, N°8. Julio-Diciembre. 148-62.

Bataille, Georges (2000). *La literatura y el mal*. Prólogo de Rafael Conte. Ediciones El aleph.com

Bataille, Georges (2007). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets Editores.

Cixous, Hélène (1995). *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Barcelona: Anthropos; Madrid: Comunidad de Madrid. Consejería de Educación. Dirección General de la Mujer; San Juan; Universidad de Puerto Rico.

Nancy, Jean-Luc (2003). *Corpus*. Madrid: Arena Libros.

Nancy, Jean-Luc (2011). *58 indicaciones sobre el cuerpo. Extensión del alma*. Buenos Aires: Ediciones La Cebra.

Richard, Nelly (1993). “¿Tiene sexo la escritura?” en *Masculino/Femenino: prácticas de las diferencias y cultura democrática*, publicado por Francisco Zegers Editor, Santiago de Chile.

Tornos Urzainki, Maider (2010). “Deseo y transgresión: el erotismo de Georges Bataille”, *Lectora*, 16.195-210.